

VI

**El correo real.—Las galeras.—Valladolid.—San Pabio.—
Representación de «Hernani».—Santa María de Nieva.—
Madrid.**

El correo real, que utilizamos para salir de Burgos, merece especial descripción. Figuraos un coche antediluviano, cuyo abolido modelo no puede encontrarse en la España fósil; ruedas enormes, abiertas, de rayos muy delgados y colocadas en la parte posterior de la caja, pintada de colorado en tiempo de Isabel la Católica; un cofre extravagante, lleno de toda clase de ventanillas de formas raras y adornado en su interior de almohadones que pudieron ser de color de rosa en tiempos muy remotos. Esta respetable carroza estaba sencillamente suspendida con cuerdas y atada en los sitios peligrosos con lias de esparto. Tira de esta máquina una fila de mulas de razonable longitud, con un surtido de postillones y un mayoral con chaqueta de astracán y pantalón de piel de carnero, de apariencia moscovita. Echamos á correr en medio de un diluvio de gritos, insultos y latigazos. Nunca he visto mulas más arrebatadas, más repropias ni más feroces; en cada relevo se necesitaba un ejército para engancharlas al coche. Los endemoniados animales salen de la cuadra de pie sobre las patas traseras, y únicamente colgándose un racimo de

postillones de su cabeza, se las puede reducir al estado de cuadrúpedos. Al salir de un lugarejo empezaron á cocear y brincar de tal manera, que se les enredaron las patas en los tiros y se armó un no imaginable jaleo de coces y palos; cayó toda la hilera, y á un desdichado postillón que iba á la cabeza, montado en un caballo que probablemente no había sido enganchado jamás, le sacaron de debajo de aquel montón medio aplastado y sangrando por las narices. Su novia, que presenciaba aquello, lanzaba gritos que no parecían salidos de pecho humano. Al fin se consiguió desenredar las correas y poner de pie á las mulas; otro postillón sustituyó al herido, y reanudamos la marcha con sin igual celeridad.

Comimos en Torquemada, pueblo situado junto á un riachuelo y cerca de fortificaciones antiguas arruinadas. Después de habernos tragado algunos garbanzos, que sonaban en nuestras tripas como perdigones en una pandereta, nos volvimos á nuestra caja y volvió á empezar la desenfrenada carrera. Aquel carricoche, arrastrado por las mulas, era como un caldero atado al rabo de un tigre; el ruido que armaba las excitaba más. Eran tan asombrosas, que había que cogerlas de la rienda y taparles los ojos cuando venía otro coche en dirección contraria. Al fin sucedió lo que tenía que ocurrir. Estaba yo dándole vueltas á un verso en mi cabeza, según suelo hacer cuando viajo, cuando se me vino encima, describiendo rápida parábola, mi compañero, al cual tenía enfrente. Aquel acto inesperado fué seguido de un choque muy fuerte y de un crujido general.

—¿Has muerto?—me preguntó mi amigo al terminar la curva.

—Al contrario—dije—. ¿Y tú?

—Muy poco—me respondió.

Y salimos á escape por el techo hundido del pobre coche, que se había hecho añicos. Vimos con profunda satisfacción á quince pasos la caja del daguerrotipo, tan intacta como si estuviera aún en la tienda. A las mulas parecía que se las habían llevado los demonios, y con ellas el tren y las dos ruedas de delante. No perdí más que un botón, que saltó con la violencia del choque, y no pude encontrar. Imposible volcar más admirablemente.

Una de las cosas más graciosas que he visto en mi vida eran los lamentos del mayoral al ver destruido el carricoche. Juntaba los pedazos como un chico que ha roto un cristal, y viendo que el mal era irreparable, lanzaba tremendos ternos, pateaba, se daba puñadas, se revolcaba por el suelo, imitando el exceso de los dolores antiguos, ó se enternecía declamando las elegías más conmovedoras. Lo que más le afligía era la suerte de los consabidos almohadones, que yacían desgarrados y llenos de polvo; aquellos almohadones eran lo más magnífico que podía concebir la imaginación del mayoral, y le sangraba el corazón al ver tanto esplendor desvanecido.

Afortunadamente había cerca una venta, y de ella trajeron dos galeras, que nos recogieron. La galera justifica perfectamente tal nombre, y es un carromato de dos ó de cuatro ruedas, sin suelo; un enrejado de cuerdas forma en la parte inferior una especie de red, donde se colocan baúles y paquetes; encima se tiende un colchón puramente español, que no impide sentir las aristas de los equipajes colocados al acaso. Los pacientes se amontonan como pueden encima de ese caballete de nueva especie, junto al cual las parrillas de San Lorenzo

ó de Guatemuz serian lechos de rosas, puesto que siquiera permitían dar vuelta en ellas.

Ibamos zarandeados como los ratones á los cuales se sacude para aturdirlos y matarlos contra las paredes de la ratonera, pero las hermosas colinas de líneas austeras, de colorido sobrio, daban tanto carácter al horizonte, renovado sin cesar, que los vaivenes de la galera quedaban compensados con exceso.

Dueñas parece un cementerio turco; las cuevas, abiertas en la roca viva, reciben el aire por unas torrecillas ensanchadas por arriba, que parecen alminares.

En Trigueros bajamos y entramos en un magnífico parador, de perfecta limpieza, donde nos dieron dos cuartos hermosos, con balcones á una plaza, esteras de colores y paredes pintadas al temple de amarillo y verde manzana. Hasta entonces nada había justificado la fama de suciedad y miseria que tienen, según los viajeros, las posadas españolas. Aun no habíamos hallado escorpiones en la cama ni parecían los insectos prometidos.

Valladolid es una ciudad grande, limpia, tranquila, elegante y casi del todo despoblada; podría encerrar 200 000 habitantes y apenas tiene 20.000. La fachada de San Pablo está cubierta de arriba abajo de maravillosas esculturas del principio del Renacimiento. Delante de la portada hay una hilera de pilares de granito, coronados por leones heráldicos que sostienen en todas las posturas posibles el escudo de armas de Castilla. Por una afortunada casualidad, la fachada de San Pablo da á una plaza y se puede reproducir con el daguerrotipo, cosa difícil cuando se trata de edificios de la Edad Media, casi siempre empotrados entre casucas detestables; pero la lluvia, que no

dejó de caer mientras estuvimos en Valladolid, nos impidió tener semejante satisfacción. El edificio donde está la biblioteca, el cual se quiere utilizar para museo, es del gusto más puro y delicioso; aunque alguno de esos restauradores enemigos de los bajorrelieves haya raspado vergonzosamente admirables arabescos, aun quedan bastantes para que aquello sea una obra maestra de elegancia.

La plaza de la Constitución es muy amplia y hermosa, y está rodeada de casas sostenidas por columnas de granito azulado, de una sola pieza. El palacio de la Constitución, pintado de verde manzana, está adornado con una inscripción en honor de la *inocente Isabel*, según se llama aquí á la reina, y con un reloj iluminado por la noche, lo cual parece llenar de júbilo á los habitantes. En los soportales hay muchedumbre de sastres, zapateros y sombrereros, que son los tres oficios más florecientes en España, y todo el movimiento de la población parece que se concentra en aquel punto. En el resto de la ciudad apenas se encuentra un transeunte, alguna criada que va por agua ó un aldeano que arrea á un borrico. El Campo Grande está rodeado de quince conventos, y aun caben más.

Aquella noche representaban en el teatro *El pelo de la dehesa*, de Bretón de los Herreros, poeta dramático muy estimado en España. El protagonista es un baturro que ha de casarse con una joven bien educada, y tiene bastante sentido común para conocer que nunca adquirirá la finura que le falta. El mérito mayor de esta obra consiste en la perfecta imitación del dialecto y acento aragoneses, mérito poco sensible para los extranjeros. El baile nacional, sin ser tan fúnebre como el de

Vitoria, era medianejo. Al día siguiente se representó *Hernani*, de Víctor Hugo, traducido por don Eugenio de Ochoa, y no dejamos de asistir á la función. Con escrupulosa exactitud está traducido el drama, excepto ciertos pasajes y escenas, suprimidos para satisfacer las exigencias del público. En general, los españoles se enfadan cuando se habla de ellos de un modo poético; dicen que los calumnian Hugo, Mérimée y en general cuantos han escrito de cosas de España. Realmente los calumnian... pero embelleciéndolos. Reniegan con todas sus fuerzas de la España del *Romancero* y de los *Orientales*, y una de sus principales pretensiones es la de no ser poéticos ni pintorescos, pretensión ¡ay! harto justificada.

El teatro de Valladolid está bastante bien hecho; al decorador se le ha ocurrido pintar en las paredes del proscenio ventanas adornadas con cortinas de muselinas con lunares, muy bien imitadas.

Al salir de Valladolid cambia el paisaje de carácter, reaparecen las llanuras, pero se diferencian de las *landas* francesas en ostentar algunas encinas verdes, enanas, y en que los pinos son más abiertos y parecen quitasoles. De todos modos, se ve la misma aridez, la misma soledad, el mismo aspecto desolado. De trecho en trecho hay montones de escombros adornados con el nombre de pueblos, quemados y devastados por los facciosos, donde vagan escasos habitantes desarrapados y de ruin catadura. Lo único pintoresco son algunas sayas femeniles, de color de canario muy vivo, adornadas con diversos matices que figuran aves y flores.

Olmedo está completamente arruinado; hay calles enteras desiertas, otras obstruidas por las casas

derrumbadas, la hierba crece en las plazas. Como en las ciudades malditas de que habla la Biblia, pronto no quedarán en Olmedo más habitantes que la víbora de chata cabeza y el buho cegato, y el dragón de los desiertos arrastrará las escamas de su vientre por las piedras de los altares. Un recinto de fortificaciones antiguas desmanteladas rodea á la ciudad, y la caritativa hiedra viste con su manto verde la desnudez de las torres resquebrajadas. Hermosos árboles dan sombra á aquellos paredones; la Naturaleza hace cuanto puede por reparar los destrozos del tiempo y de la guerra. España se despuebla espontáneamente: en tiempo de los moros tenía treinta y dos millones de habitantes; ahora no cuenta más de diez ú once.

Al salir de Olmedo no presenta gran variedad el paisaje; únicamente pude observar un admirable efecto de sol; los rayos brillantes iluminaban de lado una cordillera lejana, cuyos pormenores resaltaban con extraordinaria limpieza: la parte bañada por la sombra era casi invisible, y el cielo tenía matices de mina de Saturno. A un pintor que reprodujera exactamente aquel efecto se le acusaría de exagerado y falso.

Cuando las primeras claridades del día me permitieron distinguir los objetos, vi un espectáculo que nunca olvidaré. Acabábamos de mudar tiros en un pueblo llamado, si no recuerdo mal, Santa Maria de Nieva, y subíamos por las primeras pendientes de la montaña, que parecían las ruinas de una ciudad ciclópea; inmensos peñascos de aspe-rón de formas arquitectónicas se erguían por todas partes y recordaban en el cielo contornos de Babeles fantásticas. Ya una piedra chata caída horizontalmente sobre dos rocas, imitaba un *dolmen* druídico, ya una serie de pilares en forma de fustes de

columnas representaba pórticos y propileos; otras veces se creía ver un caos, un océano cuajado en el momento de su mayor furor; el tono azulado de aquellas peñas aumentaba lo singular de la perspectiva; á cada momento brotaban de los intersticios de las piedras, como bruma vaporosa ó como lágrimas de cristal, fuentes de agua de sierra, y —cosa que me encantó en extremo— la nieve derretida se amontonaba en las cavidades y formaba lagunillas rodeadas por un césped de color de esmeralda ó por un círculo de plata hecho por la nieve que había resistido á la acción del sol. Hitos elevados de trecho en trecho, que sirven para que se conozca el camino cuando la nieve extiende sus péfidas mantas por senderos y precipicios, dan á aquello aspecto monumental. Los torrentes saltan espumosos por todas partes, y el camino los salva con los puentes de piedra, tan comunes en España.

Al revolver de un puente, muy á propósito para una emboscada de salteadores, vimos una columna con una cruz, monumento dedicado á un pobre diablo que había acabado sus días en aquel desfiladero á mano airada. De cuando en cuando encontrábamos á maragatos con su traje del siglo XVI, jubón de cuero sujeto con hebillas, bragas flotantes y sombrero de alas anchas, ó á valencianos con sus zaragüelles de tela blanca, pañuelo atado á la cabeza, polainas blancas bordadas de azul y la capa de muestra con rayas transversales de vivos colores echada con elegancia al hombro. Lo que se veía de su piel era del color del bronce de Florencia. Vimos también reatas de mulas enjaezadas vistosamente y á los arrieros armados con carabinas. Ya iba pareciendo lo pintoresco que necesitábamos.

El capricho de coger una preciosa flor sonrosada, cuya designación botánica desconozco y que crece en las hendiduras de la peña, nos hizo subir á ella, en la cual—según cuentan—se sentaba Felipe II para ver cómo andaban las obras del Escorial.

Si la tradición no es apócrifa, buena vista tenía el monarca.

El coche, que subía con trabajo las pendientes, nos alcanzó, y bajamos al galope la vertiente opuesta. Nos paramos para comer en Guadarrama, pueblecillo edificado al pie de la montaña y cuyo único monumento es una fuente de granito erigida por Felipe II. Por extraño cambio en el orden natural de los platos, nos sirvieron como postres sopas de leche de cabras.

Madrid, como Roma, está rodeado de una campiña desierta, árido erial de cuya infecunda desolación no se puede formar idea; no hay un árbol, ni una gota de agua, ni una planta verde, ni apariencia de humedad; nada más que arena amarilla y cenicientas piedras.

Después de algunas horas, que me parecieron más largas por la impaciencia de llegar, vimos á Madrid distintamente y entramos al cabo en la capital de España por la Puerta de Hierro; seguimos una alameda de árboles enanos, donde hay torrecillas de ladrillo que sirven para elevar el agua.

Y á propósito de agua, aunque no sea feliz la transición, he de decir que habíamos atravesado el Manzanares por un puente digno de río más formal; después pasamos por junto al Palacio Real, uno de los edificios que se llaman de buen gusto.

Después de sufrir la visita de la aduana, fuimos á instalarnos cerca de la calle de Alcalá y del Prado, en la calle del Caballero de Gracia y fonda

de la Amistad, donde estaba entonces la señora de Espartero, duquesa de la Victoria. Lo primero que hicimos fué enviar á Manuel, criado de allí, aficionadísimo á la tauromaquia, á tomar billetes para la primera corrida.